



Wacquez, en 1972 y ahora



- Cuando el cazador de una cacería es cazado con su propia arma
- Radicado en Barcelona, el autor chileno, nacido en Colchagua, escribe una novela de irreverente tema y significativo lenguaje

## NARRATIVA

# En las musarañas de Wacquez

"Frente a un hombre armado", por Mauricio Wacquez. Editorial Bruguera, Barcelona, España, 1981. 251 pp.

Si el lector ha de creerle a la solapa de esta novela que presenta a su protagonista como un hombre ambiguo, mercenario y homosexual, traidor y asesino, escandaloso e inmoral, bien podrá sentirse defraudado al final de la lectura. Porque no es precisamente ése el ánimo y la actitud de un joven personaje que un día cualquiera se bebe, uno tras otro, cinco *pernods* sin emborracharse, a no ser de recuerdos de infancia y adolescencia que le desnudan más de cuerpo que de alma, "tal como los actores del antiguo teatro eran a veces la máscara de la juventud".

Conocido en el medio literario chileno por sus obras *Cinco y una ficciones*, *Excesos*, *Toda la luz del mediodía*, Mauricio Wacquez (1939) se revela ahora como un novelista de primera estampa con una narración provocativa y audaz, moderna y antigua, futura y nostálgica. *Frente a un hombre armado* (fecha en Calaceite, el lugar preferido también de José Donoso) es el autor mismo armado de paciencia y rigor para escribir, texto tras texto, una obra que sin dejar de ser novela, puede ser diario de vida innovador y único, crónica de familia que rescata raíces genealógicas, testimonio, en fin, de un hombre irreverente y eternamente piadoso.

Será fácil identificar al personaje central de esta novela de magnética intensidad: un

adolescente llamado Juan de Warni, vistiendo siempre *blue jeans*, zapatillas de deporte y suéter azul de cuello alto. Aunque bien poco importa en la narración la descripción externa, sino las acciones y artimañas de este afiebrado muchacho, siempre motivado de imaginación y memoria y de un continuo volver sobre su pasado inevitable e imborrable. En ese pasado surge, en riguroso resplandor, la figura de Alexandre, un muchacho campesino, poco más o menos de la estatura y de la edad de Juan, y "uno de los tantos encargados de que la cacería sólo tuviera el objetivo de la muerte de la presa".

### Cacerías y musarañas

Juan de Warni es el representante de una clase social burguesa que evoca su pasado familiar, su origen de sangre, sus antepasados imbuidos de materialismo o, según el caso, espiritualismo. Acompañado de sus primos (las iniciaciones sexuales salen a flote "con fornikos, ruidosos e insaciables campesinos que eran mis primos") recorre las campañas rifle o escopeta en mano en memorables jornadas de cacerías de perdices y faisanes. Estas cacerías se constituirán para Juan en un verdadero ritual, siempre acompañado de sirvientes que se ocupan de llevar los perros, limpiar y cargar las armas, recoger las piezas entre los matorrales.

Uno de estos sirvientes es Alexandre, quien se constituye para Juan en un perma-

nente delirio, en una aceptación y en un rechazo, en una pesadilla que va de la seducción infernal a la sonrisa: "Las vueltas de mi vida no me otorgarían nunca más la intensidad vivida bajo los efectos nebulosos de la fiebre". Un hombre armado frente a otro hombre armado en medio de un campo de cacería que sólo será un pretexto. "¿Qué proceso monstruoso, enfermedad o demencia hizo presa de mí?", se preguntará el atormentado Juan que vive más de las escaramuzas que de las experiencias.

En un viaje hacia sí mismo, en busca de un tiempo propio y personalísimo, Juan de Warni y Alexandre —chevalier y príncipe, cazador y cazado, poseedor y poseído— se desdoblan, el uno al otro, como protagonistas página a página o vida tras vida en un "todos somos todos": desdoblamiento, travestismo, el ser el otro siendo uno mismo. En este juego-musaraña nadie escapa a su imagen y semejanza. Juegos que suelen ser grotescos y equívocos, acciones conductuales disfrazadas de intenciones e inclinaciones. La cacería sólo será un símbolo pero también una realidad. El cazador pronto será cazado por su misma arma, víctima y victimario a la vez.

### Atemporal y mítica

La novela de Mauricio Wacquez importa tanto por el tema como por la escritura misma. Es aquí donde sobresale su lenguaje certero y ameno, culto y bella-

G.H. HARDY

# La felicidad de las matemáticas

"Autojustificación de un matemático", por G.H. Hardy. Editorial Ariel, Barcelona, 1981. 146 pp.

Presentar la *Autojustificación de un matemático* era, evidentemente, un desafío y C.P. Snow, amigo de Hardy, logró entrelazar ambos textos a tal grado que sus atractivas narraciones del ambiente académico británico y sus agudos recuerdos sobre los rasgos psicológicos de Hardy tornan imprescindible su prólogo.

Hardy fue un tipo sumamente peculiar, acaso extravagante pero de sensible delicadeza. Le disgustaban los formalismos sociales y, cuando se hallaba en algún compromiso, se sentía perfectamente a gusto si lograba encontrar a alguien con quien conversar sobre *cricket*. Así conoció a Snow y luego de someterlo a un interrogatorio destinado a estimar su competencia, juzgó que merecía su atención. Se olvidaron de todos los presentes y Hardy se mantuvo totalmente absorto en la conversación sobre el *cricket*. En estos climas, se volvía encantador y su sonrisa cautivaba sin reservas. Snow lo recuerda como una persona de mente brillante y con una enorme capacidad de concentración, muy superior a cualquier otra. En cuanto al propio Hardy, decía de sí mismo que no era un genio sino, a lo sumo, el quinto mejor matemático puro del mundo y por poco tiempo.

Llamaba a las matemáticas, "la única gran felicidad permanente de mi vida". Muy joven impuso su talento y tuvo todo el reconocimiento que le permitió dedicarse a su

oficio sin preocupaciones de dinero o de tiempo. Vivía en compañía de algunos de los intelectuales más notables de su tiempo: G.E. Moore, Alfred N. Whitehead, Bertrand Russell.

Su notable trabajo en el análisis matemático tiene que ver con dos colaboraciones constantes que mantuvo con Littlewood, durante 35 años, y con Ramanujan, hindú, que se inició en 1914. La colaboración con Ramanujan fue, ante todo, resultado de la generosidad de Hardy; desde la India, Ramanujan había enviado sus trabajos manuscritos a otros dos matemáticos, ambos ingleses y de alto nivel académico, pero ambos se los devolvieron. Fue Hardy quien creyó en Ramanujan y, obteniendo el apoyo de Littlewood, lo hizo traer a Inglaterra para trabajar con él. Fue un completo acierto.

Esta *Autojustificación* es, según Snow, un libro de devastadora tristeza. Ingenioso, agudo, claro, Hardy redactó estas páginas cuando su poder de creación desaparecía sin remedio. No era hombre que se engañara. Había escrito: "Galois murió a los 21 años, Abel a los 27, Ramanujan a los 33, Riemann a los cuarenta. No conozco ni un solo ejemplo de creación matemática de importancia, producido por un hombre que haya sobrepasado los cincuenta años". Nacido en 1877, tenía setenta años cuando intentó quitarse la vida con drogas. No podía soportar vivir con su salud tan quebrantada, despojado de las capacidades que lo habían vuelto siempre tan brillante. Murió en el verano de ese mismo año.

No sintió simpatía por las guerras en las que participó Inglaterra y jamás creyó en la idea de que hubiese una responsabilidad social del hombre de ciencia. Su *Autojustificación* es la defensa del trabajo intelectual puro, concebido como algo estrictamente individual. En desacuerdo con él o no, el lector descubrirá en G.H. Hardy una figura inevitablemente admirable.

E O. ■

mente impecable en el narrar. Escrita, a veces, en primera persona, como relato de sí mismo, o dando paso al yo de los protagonistas en un encadenamiento personal y colectivo, en un ir y venir de rostros, situaciones y cacerías. Aunque también barroco en el estilo detallista al describir la casa familiar — castillo, *chateau* o casa de campo — en algún lugar de Francia, que puede ser acaso el valle central de Chile por las plantas y árboles autóctonos que nombra.

El mismo Wacquez nació en Colchagua y mucho del paisaje de esa región ha quedado, de seguro, en su memoria. El paisaje geográfico y también humano engrandecido por la perspectiva de su larga permanencia fuera de Chile. Un tiempo interminado corre en estas páginas entre un siglo XIX y la primera mitad del XX. Desde la postrimería del reinado de Luis Felipe a la intervención francesa en Argelia, desde la postguerra europea a la época de la tímida aparición del *slip* masculino. Una novela nada de tradicional, pero a su vez mítica, innovadora y sin prejuicio.

Si aberrantes pueden ser algunas escenas, más caricaturescas que sensuales, no deben mirarse éstas como el *leit motiv* de la obra toda. Importa recuperar un estado de inocencia o la fuerza de un recuerdo grato que eran la felicidad de un adolescente y para quien el amor no era una forma ondulante y equívoca de la conducta, sino "el encuentro con un nuevo orden moral, la desaparición de una máscara que me dejaba el rostro a plena luz".

El mismo Wacquez cierra la novela con un capítulo crítico y autocrítico de su obra, que no nos parece, sin embargo, oportuno. Interpretación que correspondía, naturalmente, más al lector que al autor. Con todo, *Frente a un hombre armado* debe celebrarse como una de las novelas más significativas y valiosas de un autor chileno de este último tiempo. Gozosa de leerse por su escritura, nueva y clásica a su vez, suelta y decidida. Y por un tema que no escapa de la musaraña de la vida misma.

Jaime Quezada ■